

democracia es posible sin el libre sufragio? Los pueblos no pueden vivir de mentiras. Para darle libertad á México es necesario volverlo á los quicios de la verdad y la justicia; pero levantar en hombros para colocarlo de nuevo en sus verdaderos cimientos á todo un pueblo, no pueden hacerlo los mortales sin el auxilio directo de la Providencia.

Erigida la libertad sobre las inmutables bases de la verdad y la justicia, ya la paz se consolidará entre nosotros y podremos con tranquilidad y tiempo resolver las grandes cuestiones sociales y administrativas en las que se esconden los pavorosos secretos de nuestros futuros destinos; árduos y temibles problemas que hasta ahora por un inexplicable vértigo no han sido ni planteadas siquiera. Sin crédito no hay hacienda nacional, y la base del crédito es el arreglo de la deuda pública que hasta ahora no ha sido más que aplazado y bajo bases superiores á nuestras fuerzas: el ejército que en su reclutamiento es un atentado, rompe todo presupuesto posible sin ser una seguridad para el peligro extraño ni un apoyo de la paz interior: la propiedad rústica de nuevo perturbada y gravada, no ha sido dividida para su cultivo: la extracción perenne que hace el comercio extranjero de más de la mitad de la riqueza circulante, dá el pan de un día, á true-

que de ahondar más y más el abismo de la pública miseria. ¿Cómo nos ponemos en relaciones de recíproca utilidad con los países extranjeros? Qué se hace, sobre todo, en pró de más de cinco millones de indios, verdadero tesoro y porvenir de la patria? ¡Rogarle desde lo más íntimo del alma á la Virgen Santísima de Guadalupe que nos dé luz para resolver con acierto tan trascendentales problemas, es lo único posible y necesario!

Sólo por intercesión de la Virgen Santísima de Guadalupe podemos alcanzar de Dios la conservación de nuestra autonomía, el santo pan del trabajo, el vivificante aliento de la libertad y la fecunda paz en que deben resolverse las grandes cuestiones que entrañan el porvenir de la patria.

O invoca y torna á rogar á la Virgen Santísima de Guadalupe hasta ser oída ó muere, esta es para México su postrera disyuntiva.

LIII.

EL doble milagro de la Aparición de la Virgen Santísima de Guadalupe y la maravillosa pintura de su bendita Imagen, es una verdad que resiste el crisol de todos los criterios, y demostrada por la razón á la

vez que persuadida por la fe. La Aparición de la Virgen Santísima en nuestro suelo es una prenda segura de su misericordia especial para con nosotros. A Ella es deudora México de cuantos beneficios ha recibido hasta ahora, y de manos de Ella recibirá el consuelo en sus tribulaciones y el remedio de sus necesidades.

Después de Dios, nada ama ni ha amado tanto la patria mexicana como á su celestial Patrona y compasiva Madre, la Virgen Santísima bajo su advocación de Guadalupe.

Surgirán obstáculos y contradicciones, hará esfuerzos el Averno para estorbarlo, pero más ó menos pronto, la Virgen Santísima de Guadalupe será coronada por el amor y la piedad del pueblo mexicano. Así lo quieren todos los buenos y aún casi todos los malos: es el más ferviente deseo y será la recompensa en la tierra, del venerable y anciano prelado que más de treinta años lleva de regir la arquidiócesis de México en los tiempos más duros y bravíos: así lo desean los públicos eclesiástico y civil de toda la nación: es el ardiente anhelo, de las dos más honorables y poderosas clases del país, los rancheros y los indios, que son los únicos que saben entre nosotros amasar pan en la paz con el sudor de su trabajo, y verter en la guerra la sangre agena y la propia; y lo quiere sobre todo, la misma Virgen Santísima de Gua-

dalupe que así lo ha revelado sin ruido de palabras á todos los corazones de sus hijos.

Será coronada la Santísima Virgen de Guadalupe y lo será, en paz y concordia, en dulzura indecible y en medio de un júbilo celestial. Si Ella quisiera ser coronada por la fuerza le bastaría decir al americano avanza ó al cólera sopla: al indio yerguete, ó despertad y encendeos á nuestros apagados volcanes; pero la Virgen Santísima, no es ministro de las justicias del Altísimo sino dispensadora de sus misericordias, y sólo les dirá: ablandaos de amor á nuestros corazones; y gemid de gozo, á nuestros ojos. Será el de la coronación un día de inmensa paz, porque en él renovaremos nuestro pacto de alianza con el Cielo.

La coronación de la Virgen Santísima de Guadalupe será el suceso más grandioso y trascendental de la historia de México durante el siglo XIX. Es obra tan santa y tan acepta á los ojos del Señor, que ella sólo bastaría á borrar siglos de crímenes. La Virgen Santísima que tan buena es y que tanto ama á los humanos, cuanto va á enternecerse con ese homenaje de profundo amor de todo un pueblo, y como van á desbordarse entonces los torrentes de gracias privadas y públicas misericordias, que rebosan en su tierno y compasivo Corazón. Grande y santa es la obra, y dicha in-

comparable poder en algún modo por humilde que sea, cooperar á ella. Qué podrá Jesucristo el Juez de los siglos, responderle en la eternidad al alma que al comparecer ante El, le diga, pequé Señor pero tened piedad de mí, acordaos Señor que yo me hallé en aquella jornada al lado de vuestros elegidos, combatiendo por la honra y gloria de Vuestra Madre!

Sin pena y sin esfuerzo todos podemos cooperar á tejerle á la Inmaculada y Misericordiosísima Virgen María, la más valiosa y para Ella gratísima corona, la de nuestra fe y nuestro amor. Se acerca el gran día en que podemos salvar á la patria. San Agustín dice, «que la oración que sube de la tierra al Cielo hace bajar el Cielo hasta la tierra.» La Salve es la oración que compendia todos los gemidos, todos los sollozos, todas las invocaciones y plegarias de la humanidad que desterrada milita sobre la tierra.

Si á la mitad del día de la coronación, se elevase hasta las plantas de María Santísima, una salve por la felicidad de la patria, brotada á un tiempo de todos los corazones; que á un mismo tiempo se elevase de nuestros ciudades y nuestras aldeas, de nuestras ardientes costas y fértiles llanuras, de nuestros palacios y cabañas, del fondo de nuestros profundos barrancos y de las cimas de nuestras altísimas montañas, imposible sería que la Virgen Santísima deso-

yera esa numeros plegaria de todo un pueblo que la ama y que la invoca!

Un pacto eterno de la Caridad Infinita consigo misma, hace que Dios cumpla cuanto la Virgen Santísima promete. Ella lo había dicho, y esperado está que nuestro amor ponga á prueba la fidelidad de su clemencia. «¿No estoy aquí yo, dijo, que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa?» Palabras tuyas son, y en verdad que «NON FECIT TALITER OMNI NATIONI.»

B
·
C
C

00